

El 18 de febrero de 1967 Mons. Parra León tomó posesión de la diócesis de Cumaná. El 18 de marzo pasado aceptó el Papa su renuncia por motivos de edad y nombró para sustituirlo a Mons. Alfredo Rodríguez, hasta ahora obispo auxiliar de Caracas, vicario de la zona oeste que comprende las zonas populares y suburbanas de Catia, Antimano y El Valle. Mons. Alfredo Rodríguez visitaba consecuentemente los barrios y apoyaba discretamente a los agentes pastorales en sus nada fáciles y no pocas veces conflictivas labores apostólicas. Esa ejecutoria suya nos da esperanza de que se desempeñará de un modo consecuente en el cometido mucho más difícil que ha aceptado como servicio evangélico al sufrido pueblo sucrense. Elevamos al Pastor eterno nuestras oraciones para que nuestra confianza y sobre todo las expectativas del pueblo se vean cumplidas y ofrecemos nuestro aporte para lo que quiera disponer.

Queremos ahora agradecer a Mons. Parra León porque a lo largo de estos veinte años ha constituido para vastos sectores de la Iglesia y de la sociedad venezolana y sobre todo para el pueblo creyente y oprimido un símbolo, un estímulo y un baluarte. Como cristianos venezolanos nos hemos sentido orgullosos de él. Y pensamos sobre todo que Dios, a quien él tiene que dar cuenta y por quien ha trabajado, estará satisfecho del desempeño del servicio que le encomendó.

Mons. Parra León, tercer obispo de Cumaná, se percató enseguida de que no había llegado a la "tierra de gracia" que visionara Colón. El no miró paisajes sino personas y por eso concluyó que el Edo. Sucre era un infierno de injusticia, abandono y deterioro. Fustigó a los gobiernos democráticos por no haber hecho nada por Sucre, condenando al Estado a las tasas más altas de emigración y, aún así, a una situación de pobreza generalizada. Por eso el año pasado prohibió celebrar religiosamente el día de Cumaná. Su actitud pareció disonante a quienes juzgan las cosas con los ojos del orden establecido y no con la perspectiva de Dios. El Proyecto Venezuela precisa que el 89% de los sucrenses viven en estado de pobreza.

¿Quién con corazón cristiano podía celebrar esta situación?

En este desierto de silencio cómplice que atenaza y marchita nuestra sociedad venezolana, Mons. Parra León ha sido la voz incansable y muchas veces solitaria que clama en el desierto. Una voz áspera, directa, franca, voz de hombre libre que nos ha hecho sentir tantas veces que la dignidad aún se asienta en nuestra tierra y que la Iglesia todavía es seguidora del Profeta Mártir de Nazaret.

Porque se atrevió a ver de frente la opresión y nombrar por sus cargos a los opresores se encontró con la oposición durísima y lo que es peor con una cortina de denso silencio y resentido desprecio. El obispo de Cumaná tuvo la entereza de vivir en la soledad hostil de la mayor parte de las "fuerzas vivas" de la región y del país.

Pero sintió el consuelo de la cercanía del pueblo y a él se entregó. Recorrió incansablemente ciudades, pueblos y caseríos, por carretera, por trochas, por lancha, reuniéndose

con la gente, repartiendo, como Jesús, la palabra de vida y su apoyo personal. El no entendió su ministerio de un modo dicotomizado como lo relativo al alma, al templo, a lo sacral, a la otra vida. Predicó y vivió el evangelio de la liberación integral. Y esto no lo hizo de un modo personalista y caudillesco. Apoyó en todo momento a sacerdotes, religiosas, seminaristas y grupos seglares cuando, a causa de esta "opción solidaria y profética por los pobres" (Puebla) se encontraron en conflictos, a veces graves, con poderosos y hasta con las fuerzas policiales.

La diócesis, pobre en todo, se resentía también de escasez crónica de agentes pastorales a causa de la dureza de esas soledades y de tanta penuria. Monseñor buscó como pudo sacerdotes y religiosas; pero lo hizo no prometiendo una situación de privilegio y excepción en medio de la pobreza ambiental sino invitando abiertamente al heroísmo de la existencia apostólica, y reglamentando la administración de sacramentos de modo que por una parte se venciera la tentación de explotar al pueblo y por otra se liberara tiempo y energías para la evangelización. Su Directorio (1980) es elocuente en este sentido y debe marcar la pauta de la nueva evangelización entre nosotros.

Pero, sabiendo que las normas sin espiritualidad y formación permanentes son letra muerta y fuente más bien de amargura, propició con esmero Ejercicios Espirituales, retiros y cursos periódicos para el clero y demás agentes pastorales. Hemos sido testigos del ambiente de búsqueda sincera, estudiosa atención y fraternidad cristiana de estas reuniones diocesanas.

Monseñor comprendió que esta evangelización a todos desde la perspectiva de los pobres exigía sacerdotes que realizaran su proceso formativo intelectual, espiritual y apostólico sin extrañarse de su pueblo sino entrañándose cada vez más en él en esta decisiva etapa de siembra de caracteres, definiciones y opciones. De ahí su empeño por levantar el seminario, no sólo sus paredes sino su estilo. Tarea titánica en condiciones tan desventajosas. Aún queda camino que recorrer, pero damos fe de que lo conseguido es mucho y que el próximo obispo encuentra esperanza cierta.

Tal cúmulo de problemas no impidió a Monseñor sintonizar y ponerse a la altura de la Patria Grande. Al contrario, al hacerlos frente en su casa, pudo comprender la envergadura continental de estos problemas y buscar soluciones en común. Asistió a foros, dio su nombre a empresas teológicas continentales y llamó a su diócesis a figuras señeras. Mons. Proaño, el obispo pionero de Riobamba, sirve de símbolo de este intercambio, expresión genuina de catolicidad.

Por esto y por tantas cosas más queremos agradecer a nuestro hermano y amigo Mons. Mariano Parra León. A la vez que hacemos votos para que su obra, complementada con la índole del nuevo pastor, se salvaguarde y consolide para bien del pueblo sucrense, es decir para la gloria de Dios.